

¿CABE HABLAR DE UNA «GENERACIÓN DE LA CRISIS»? DISCUSIÓN EN TORNO A UNA NOCIÓN SOBREEXPLOTADA

MARIANO URRACO SOLANILLA

UNIVERSIDAD A DISTANCIA DE MADRID (UDIMA)

ALMUDENA MORENO MÍNGUEZ

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Recepción: 09/2017; aceptación: 11/2017

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO PARTE DE LA CONSIDERACIÓN DE QUE, EN LA ACTUALIDAD, SE ESTÁ REALIZANDO UN ABUSO (O UN MAL USO) DE LA NOCIÓN DE «GENERACIÓN», ESPECIALMENTE ENTRE MUCHOS AUTORES QUE LA HAN UTILIZADO PARA PERFILAR LOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DE UNA SUPUESTA «GENERACIÓN DE LA CRISIS», DE UN COLECTIVO DE JÓVENES COMO SECTOR POBLACIONAL PRINCIPALMENTE AFECTADO POR LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL DE LOS ÚLTIMOS AÑOS. REVISANDO LOS SENTIDOS DADOS AL CONCEPTO EN LA OBRA DE MANNHEIM, ORTEGA Y OTROS AUTORES CLÁSICOS, SE LLEGA A LA CONCLUSIÓN DE QUE ES NECESARIO INCORPORAR DE MANERA CLARA Y DECIDIDA EL ENFOQUE DE CLASES SOCIALES, QUE VENDRÍA A COMPLEMENTAR EL ENFOQUE GENERACIONAL, REFORZANDO SU ALCANCE Y SU UTILIDAD PARA EL ESTUDIO DE LAS DINÁMICAS DE CAMBIO SOCIAL (GENERACIONAL, INCLUSO) QUE SE PRODUCEN EN LA SOCIEDAD *POSCRISIS*. SE REIVINDICA, ASÍ, EL PAPEL DE LA NOCIÓN DE GENERACIÓN EN LA SOCIOLOGÍA (Y, ESPECÍFICAMENTE, EN LA SOCIOLOGÍA DE LA JUVENTUD), ASUMIENDO QUE NO DEBE UTILIZARSE PARA OCULTAR LOS CONFLICTOS Y DESIGUALDADES QUE, SOBRE LA BASE DE OTROS ELEMENTOS DE FRAGMENTACIÓN SOCIAL, OPERAN EN EL INTERIOR DE CADA UNA DE ESAS «GENERACIONES» Y, POR SUPUESTO, EN EL SENO DE LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS CONTEMPORÁNEAS.

PALABRAS CLAVE:

JUVENTUD, GENERACIONES, CLASES SOCIALES, CRISIS, ESPAÑA

LA NOCIÓN DE «GENERACIÓN»: HANDLE IT WITH CARE

El recientemente publicado *Informe Juventud en España 2016* (Benedicto, 2017), producto de un ambicioso proyecto cuatrienal de investigación a nivel nacional tutelado por el Instituto de la Juventud del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, se presenta, desde sus primeras páginas, como el informe que perfila los rasgos principales de la denominada «generación de la crisis», esto es, del colectivo de jóvenes que ahora, cuando parece haber pasado ya la peor parte del invierno de la «Gran Recesión», se encuentran en distintos momentos de su transición a la vida adulta. La etiqueta utilizada por los autores del citado *IJE 2016* bien podría pasarnos desapercibida, habida cuenta de la proliferación de calificativos que han aflorado en los últimos años para definir a esta (supuesta) generación, sobrenombrada pero subacotada. «Generación de la crisis» es, seguramente, la forma más aséptica de nombrar a un conjunto de jóvenes (todas las generaciones son, necesariamente, en última instancia, de jóvenes, por cuanto el momento de acceso a la vida social es la frontera en la que se marca el comienzo de la existencia de una determinada generación cualquiera) cuyos rasgos característicos (característicos por cuanto diferenciadores con respecto a los de otras generaciones) todavía son apenas incipientes. Benedicto y sus colegas, con buen criterio, huyen de los sensacionalismos empleados por otros autores para definir a esta *juventud*, y su trabajo todavía presenta otro acierto más: la cautela con la que manejan, en todo momento, la noción de «generación». Y es que, dado por descontado el sustantivo, los esfuerzos parecen haberse centrado en perfilar el adjetivo que acompañase a «generación»: si los jóvenes son más o menos solidarios o ambiciosos,

más o menos escépticos o comprometidos, más o menos desilusionados o tristes, más o menos competitivos y/o competentes, etcétera, en un intento de dar con una feliz expresión que consiga hacer camino en el saturado universo mediático (y la sociología, en sus vertientes profesionales y académicas, cada vez se juega más en ese ámbito, o bajo los mismos criterios que lo rigen). Así, multitud de autores (desde luego periodistas y publicistas, pero también muchos/as sociólogos/as) se han lanzado a la caza del replicante juvenil (Díaz, 1989), intentando hallar una característica absolutamente novedosa que permitiera diferenciar a estos jóvenes de los miembros de generaciones pasadas. Ahí, se piensa, estaría la clave que demostraría la *mutación* (Baricco, [2006] 2008)¹. Ahí, por lo tanto, la huella probatoria de que el mundo ha cambiado y nos encontramos frente a un nuevo *tipo humano*, que, agrupado y dotado de una conciencia colectiva diferencial, constituye una genuina generación en la historia de la humanidad.

Sin duda, la crisis económica *desatada* a partir de 2008 (simplificando mucho las cuestiones de delimitación de un fenómeno tan complejo) ha contribuido a este ejercicio de identificación o *registro* de una nueva generación de jóvenes. Se ha dado por supuesto que una transformación tan profunda de los principios fundamentales de ordenamiento social previamente vigentes tenía que producir, inevitablemente, una variación concomitante en las propias conciencias de los individuos, en sus formas de vida, en sus estrategias para adaptarse a las nuevas condiciones materiales impuestas por *la época*. En aquellos países, como España, en los que la crisis económica se solapa, en un verdadero «haz de crisis» (Tezanos, 2001), con otros procesos de quiebra en distintas dimensiones, siendo clave la ruptura en el plano de lo político-institucional,

¹ A lo largo del texto se ha manejado una convención para mantener la fecha original (que aparecerá entre corchetes) de aquellos textos con los que hemos trabajado a partir de una versión traducida (la segunda fecha en los paréntesis implicados). Esta convención también se ha seguido para otras referencias, de obras originalmente publicadas en castellano que han experimentado reediciones a lo largo del tiempo, apareciendo, en tales casos, tanto la fecha de la primera edición (entre corchetes, igualmente) como la de la edición consultada. Esta convención, que entendemos necesaria en un trabajo que se sirve de tantas obras clásicas traducidas al castellano muchos años después, se ha mantenido, asimismo, en el listado de referencias bibliográficas que se encuentra al final del artículo.

se asiste a un verdadero hundimiento (o voladura) de las bases societarias previas, incluyendo, y esto nos parece lo fundamental, un cuestionamiento del propio relato construido durante el periodo de *vigencia*² de la anterior pauta fordista-keynesiana: el discurso optimista de la movilidad social ascendente, supuestamente basada en una meritocracia credencialista, el discurso del progreso, parece agotado. Los jóvenes tienen cada vez más dificultades para integrarse a la vida adulta y los padres presentan cada vez más dudas de poder enclasar a sus hijos. El pacto intergeneracional tácito que sustentaba este modelo social anterior, consagrando la figura del *male breadwinner* como prototipo (pacto que, por lo demás, condenaba a los márgenes o a regiones de sombra social a jóvenes, ancianos y mujeres) resulta, con los efectos de la crisis, denunciado por ineficaz. Si la tonalidad del mundo cambia cada treinta años³, a los «treinta gloriosos» (no resultaría casual, desde esta mirada, que la duración de esta etapa de posguerra fuera, precisamente, de tres decenios) le habrían seguido otros treinta años de progresivo desmantelamiento que habrían alumbrado, finalmente, una nueva era, con la crisis como frontera y cesura entre dos mundos ya por fin nítidamente diferenciables⁴. La crisis de 2008 vendría a ser testimonio y constatación última de los efectos de la quiebra de las otrora sólidas *sociedades del trabajo*. Las crisis, por profundas y devastadoras que resulten, no son causa de los cambios, sino efectos de dichas transformaciones, como seísmos provocados por lentos e inapreciables movimientos tectónicos de enorme envergadura. Ya lo apuntaba Marías (1967: 184): «los grandes acontecimientos históricos, guerras,

revoluciones, etc., no determinan las generaciones; son hechos que por su magnitud revelan un cambio de vigencias».

Así, hablar de «generación de la crisis», como bien destacan los autores del *IJE 2016*, solo puede tener un marcado carácter prospectivo: lo que se pretende es, ha de ser, la descripción de la generación que surge de este momento histórico, la que sale a la orilla después de verse forzada a cruzar el Rubicón de la crisis. Esta generación será la encargada de reconstruir, a partir de las vivencias propias y de las herencias del pasado, la nueva pauta social. Que en España, insistimos, coincida en el tiempo esta crisis económica con una profunda crisis política e institucional (coincidencia que, por lo demás, puede no ser accidental en absoluto) brinda unas posibilidades de transformación aún más potentes, siendo todavía difícil prever la magnitud que finalmente presentará el cambio de pauta social que la crisis confirma y, telúricamente, asienta.

En las reflexiones al uso sobre la juventud en el escenario poscrisis pocas veces se cuestiona, siquiera incidentalmente, si realmente estaremos ante una nueva generación (nueva implica, necesariamente, distinta: distinta implica, recíprocamente, que sea nueva). Y el *IJE 2016* lo hace. De hecho lo hace en el primer capítulo introductorio, de marcado carácter teórico. La definición que manejan es la de Woodman y Wyn (2015)⁵, que se viene a derivar de la línea general clásica introducida en la Sociología por la trascendental obra de Karl Mannheim ([1928] 1993), al que Benedicto y sus colegas también invocan. La idea fundamental de este enfoque, en el que nos detendremos en el siguiente epígrafe con mayor detalle, alude a que

² Y aquí «vigencia» se utiliza en el sentido dado al término por Marías (1949), con obvias resonancias orteguianas.

³ Así lo creía Ferrari (véase Marías, [1949] 1967: 50-56), ya en el siglo XIX (1874), cuando señalaba que el escenario social, en el que generación tras generación se desarrolla el drama de la vida humana, variaba con esa frecuencia de treinta años, que, para Ortega, serían quince (dentro de una concepción que toma las tres décadas –quince más quince– como número áureo), en un ritmo continuo en el que va cambiando «el cariz de la vida», la «tonalidad histórica» (Ortega, [1933] 1983: 43-44).

⁴ Para una revisión en torno a la etiqueta de los «treinta gloriosos», en el seno de una revisión sobre las bases de la pauta social fordista-keynesiana (y su declive posterior), véase Urraco (2017a: 45 y ss.).

⁵ Para estos autores, las generaciones son «agrupaciones que comparten condiciones sociales fundamentales durante su juventud y en este contexto conforman disposiciones duraderas y se enfrentan a estructuras de oportunidad que les distinguen de las generaciones precedentes» (Woodman y Wyn, 2015: 55; citado en Benedicto, 2017: 20).

la vivencia compartida (que va más allá de la mera vivencia contemporánea) de acontecimientos históricos de suficiente envergadura como para llegar a ser experimentados conjuntamente por una gran colectividad de individuos produce en los jóvenes, inevitablemente, una *variación*, que tomaría la forma de una «primera impresión» en sus conciencias todavía no fijadas (de *fijas*), no *cerradas* (Mannheim, [1928] 1993: 216). Esta variación, a la larga, puede terminar operando un cambio en la forma en que esos individuos perciben y reaccionan ante el mundo, cambio que se constituiría en eventual fuente de surgimiento de una nueva generación, a partir de la posibilidad que dicho proceso de transformación brinda para que se dé una vivencia común y compartida de esos acontecimientos históricos. Que esa generación en potencia termine siendo una generación *en acto* dependerá de diversos factores, entre los que los propios cambios en el mundo ante el que se reacciona aparecen como elemento decisivo, desencadenante fundamental del surgimiento y constitución de una nueva generación, distinta a las precedentes. En nuestro artículo, con la intención deliberada de problematizar una cuestión que de otra forma tiende a quedar oculta tras el velo de lo naturalizado, adoptaremos conscientemente esa actitud naïf de reconocer, sin más, la existencia de generaciones y, concretamente, de una generación específicamente surgida del actual periodo de crisis (crisis que, insistimos, va más allá de su mera dimensión económica, incluyéndola, por supuesto). Asumiendo que la crisis ha sido un acontecimiento lo suficientemente crucial y, desde luego, de amplios efectos sobre el conjunto de la población, entenderemos que puede ser utilizado para certificar el nacimiento de una nueva generación, para marcar la barrera con respecto a *lo previo*. Ahí suelen que-

darse buena parte de los trabajos que se dedican a perfilar esta nueva generación. Debate cerrado y noción amortizada y puesta en circulación, ya sí, con todas las garantías que brinda la bendición de la cita al sociólogo alemán. Se obvia, con frecuencia, que Mannheim, acertadamente, se muestra cauto en el manejo de la terminología y distingue entre lo potencial (lo posible, lo incierto) y lo efectivo (vale decir: lo real, lo ciertamente llevado a acto), con su distinción entre «posición generacional», «conexión generacional» y «unidad generacional», y ahí es donde empiezan a vislumbrarse eventuales vías de agua para la flotación del concepto general en multitud de las aplicaciones que hoy se manejan de este. Una detenida lectura del texto de Mannheim, pero, sobre todo, una mirada más amplia que incluya a los antecesores y sucesores de su línea de pensamiento, habría de servirnos para ser mucho más cuidadosos en el manejo de la tan manida noción de generación.

EL ENFOQUE DE MANNHEIM, EL ACONTECIMIENTO CRUCIAL Y EL ESPÍRITU DE LOS TIEMPOS⁶

La obra de Mannheim, referente habitual en la mayoría de los trabajos académicos que se aproximan a la *cuestión generacional*, puede conectarse directamente con la de Dilthey, que habría supuesto un punto de inflexión en el estudio de estos temas. No en vano, el propio Mannheim reconoce esta conexión (casi a modo de deuda) en su célebre texto, destacando que Dilthey supone un completo cambio de paradigma en la reflexión en torno al problema de las generaciones, por cuanto habría servido para dejar atrás el positivismo y su concepción rectilínea y cuantificable del tiempo, situando el ámbito de lo generacional, desde una perspectiva histórico-romántica, en el «tiempo interior», solo

⁶ En este punto queremos mostrar nuestra gratitud con los profesores Leccardi y Feixa (2011), cuya revisión bibliográfica nos puso sobre la pista de una serie de obras de cuyo análisis se deriva este epígrafe. Desde luego, esta deuda se extiende, asimismo, a los trabajos de Laín (1945) y de Marías ([1949] 1967), cuyas exhaustivas recopilaciones nos permiten entrar en contacto con antiguas obras que no cuentan con traducción al castellano.

comprensible como algo cualitativo⁷. Para Dilthey, la idea de generación descansa sobre el elemento de la contemporaneidad⁸, entendida como comunidad de influencias, estando compuesta una generación por aquellos individuos que

en cierto modo crecieron juntos, es decir, tuvieron una infancia común, una juventud común, cuyo tiempo de fuerza viril coincidió parcialmente (...) Aquellos que en los años receptivos experimentan las mismas influencias rectoras constituyen juntos una generación. Entendida así, *una generación constituye un estrecho círculo de individuos*, que están ligados hasta formar un todo homogéneo por la dependencia de los mismos grandes hechos y variaciones que aparecieron en su época de receptividad, a pesar de la diversidad de otros factores agregados (Dilthey, 1875: 37; citado en Marías, [1949] 1967: 64)⁹.

Abundando en este sentido, en esta visión que fundamenta la definición de generación sobre la idea de una comunidad de experiencias vividas por parte de unos individuos que comparten, aproximadamente, fecha de nacimiento, encontramos la obra de otros autores alemanes. Así, por ejemplo, Kummer, ya en 1909, definía la generación como

aquel conjunto de individuos que «comprende todos los hombres vivos aproximadamente coetáneos, nacidos de las mismas situaciones económicas, políticas y sociales, y, por tanto, equipados con una visión del mundo, una formación, una moral y una sensibilidad artística semejantes» (citado en Laín, 1945: 240). O Wechsler (1923, 1927, 1929), para quien una generación nueva expresaría siempre una colisión entre el espíritu juvenil y el *Zeitgeist*, el *espíritu* de una época: cada generación sería una propuesta de renovación con respecto a esa vida histórica precedente¹⁰. Todavía antes que Mannheim, Mentré, en Francia, afirma que la generación es un matiz de la sensibilidad, una distinta actitud frente a la vida: «una generación es, pues, una manera de sentir y comprender la vida, que es opuesta a la manera anterior, o al menos diferente de ella» (1920: 304; citado en Marías, [1949] 1967: 115).

Esta reflexión resultará también recurrente, bajo otra formulación y con otros énfasis, en la propia obra de Ortega, cuando hable de generación como variación en la sensibilidad vital (en la «sensación radical ante la vida») de los hombres de una época (Ortega, 1923, 1933). Efectivamente, para Ortega, comunidad temporal y comunidad espacial (com-

⁷ A partir de ahí, remitido el tiempo al ámbito de lo cualitativo, se planteará la imposibilidad de determinar *a priori* la duración de las generaciones, acotamiento que tanto ha obsesionado a tan diversos autores a lo largo de la historia del concepto. Para Mannheim (véase Laín, 1945: 263), en ese sentido, lo importante no es tanto la extensión temporal de la generación (por definición irregular, indeterminable) como el contenido *espiritual* de esta. En línea similar, destacando la irregularidad y la incalculabilidad de la duración de las generaciones, se situarían tanto Wechsler (1923, 1927, 1929) como Abrams (1982).

⁸ En rigor, aunque Dilthey habla de contemporaneidad, se estaría refiriendo a coetaneidad, como bien distinguiera Marías ([1949] 1967) a partir de Ortega: individuos que no solo conviven en el mismo tiempo, sino que tienen una misma edad (la distinción entre contemporaneidad y coetaneidad también estaría presente, a decir de Mannheim, como profundización romántica de las ideas diltheyanas, en la obra de Pinder –1926–, quien plantearía la posibilidad de que, eventualmente, existan coetáneos que ni siquiera son contemporáneos). Al respecto, matiza Wechsler (citado en Laín, 1945: 258) para acotar la referencia a la edad: lo importante no es la fecha de nacimiento, sino el momento en que se produce la emergencia de los individuos a la *escena* social: «Mucho más que un equipo de coetáneos, una generación sería un grupo de hombres nacidos simultáneamente a la vida histórica». En un sentido análogo cabe introducir la distinción de Marías (1989) entre «edad biológica», «edad psíquica» y «edad social», aludiendo esta última a la fecha de aparición de un individuo en la esfera pública.

⁹ Véase, asimismo, para una traducción ligeramente diferente del texto de Dilthey, Laín (1945: 222-223).

¹⁰ En ese punto, afirma Laín (1945: 257), Wechsler se estaría apoyando en la obra de Ranke, que había señalado la variación del «espíritu humano» en cada época como origen (germen) del movimiento que haría brotar nuevas generaciones, que emergen para contraponerse a las configuraciones previas. Para Laín, esta orientación también se hallaría presente en la obra de Petersen (1930, 1939), quien hace descansar las posibilidades de surgimiento de una nueva generación en el eventual contraste entre la «disposición espiritual» de los jóvenes y las condiciones establecidas por la educación (vale decir: la socialización) que han recibido.

partir espacio y tiempo, época y lugar)¹¹ son las bases de una definición de «generación»:

Comunidad de fecha y comunidad espacial son, repito, los atributos primarios de una generación. Juntos significan la comunidad de destino esencial. El teclado de circunstancia en que los coetáneos tienen que tocar la sonata apasionada de su vida es el mismo en su estructura fundamental. Esta identidad de destino produce en los coetáneos coincidencias secundarias que se resumen en la unidad de su estilo vital. Una generación es un modo integral de existencia o, si se quiere, una moda, que se fija indeleble sobre el individuo (Ortega, [1933] 1983: 38-39)¹².

Para Ortega, el mundo de las ideas de una época («las convicciones comunes a todos los hombres que conviven en su época: el espíritu del tiempo» –[1933] 1983: 43–), el denominado «mundo vigente», se impone a los individuos como elemento fundamental de su *circunstancia*. Incluso en el caso de que dichas ideas no sean aceptadas por el individuo, este debe, inevitablemente, tenerlas en consideración, siquiera para oponerse a ellas (y construirse, así, a partir de dicha oposición, de dicho contraste). La existencia de este mundo de ideas es previa al sujeto, que ha de reaccionar ante el entramado complejo de convicciones ya constituido en la realidad social. Así, un elemento

principal del pensamiento orteguiano es esta pervivencia (y, de hecho, cabe hablar de prevalencia) del pasado, como elemento siempre presente, por cuanto el individuo no puede elegir voluntariamente ser miembro de una sociedad. Por ello, toda generación lleva en sí misma la historia (y la huella, los sedimentos) de todas las anteriores, constituyéndose como síntesis («escorzo», apunta Ortega) de la historia universal. El pasado siempre está ahí, solapándose y entretejiéndose sus elementos constitutivos con los (supuestamente nuevos) que introducen las sucesivas generaciones en su proceso de sustitución y modificación de las bases de la sociedad (lo que se ha venido nombrando como dinámica de cambio social)¹³. Esta idea de la *tradición*, de la importancia del pasado sobre el conjunto de elementos de que puede disponer (recursos) una nueva generación para hacer frente a los desafíos del momento histórico en que le ha tocado relevar a la precedente, la hallamos también en la reflexión de Mannheim y, en general, en todos los autores que conceptualizan la historia como una sucesión, más o menos pacífica o disputada, de generaciones¹⁴.

Siguiendo a Ortega, para Marías, que fundamenta su definición de generación en la existencia de un determinado «sistema de vigencias» (un «repertorio de usos sociales» –Marías, [1949]

¹¹ Pero compartirlas en condiciones de proximidad de fecha de nacimiento o, en la terminología orteguiana, perteneciendo a una misma «zona de fechas», siendo no solo contemporáneas, sino, sobre todo, coetáneas: en cada momento histórico, dice Ortega, convivirían simultáneamente tres «hoy» dentro de cada concreto *abona*, tres edades, las correspondientes a la división clásica: juventud, plenitud y vejez. De la relación dinámica que se establece entre ellas, de las tensiones entre las generaciones, brota el pulso de la historia humana.

¹² Siguiendo a Ortega, Jansen ([1975] 1977: 41) define la noción de «estilo vital» como «la expresión o encarnación de las perspectivas colectivas que los coetáneos han desarrollado sobre su mundo», lo que le lleva a plantear el concepto de «perspectiva» para definir la agrupación que da lugar a una generación: «La generación es el determinado conjunto social de perspectivas desarrollado por los coetáneos que comparten las mismas circunstancias, o la forma social en que existen las perspectivas desarrolladas por coetáneos que comparten las mismas circunstancias» (Jansen, [1975] 1977: 45). Nótese la *desaparición*, en la práctica, de los sujetos en dicha definición.

¹³ La idea de la vigencia/preeminencia de los elementos del pasado, esto es, del peso fundamental que la historia tiene en el funcionamiento de las sociedades, ya estaría presente en Comte (identificado con frecuencia como el pionero en el estudio científico de las generaciones) o en Stuart Mill. Marías ([1949] 1967: 34) se muestra taxativo en torno a esta cuestión en la revisión que dedica a la obra del germinal autor francés, en cuyo trabajo sitúa la contundente afirmación de que «los vivos son gobernados por los muertos».

¹⁴ Así, podemos encontrarla tanto en Jansen ([1975] 1977) como, desde una reelaboración a partir de la teoría marxiana, en Afanasieva (1979). Ortega ([1923] 1961:10) ya apuntaba, en la que casi fue su primera incursión en el *tema* de las generaciones, que en virtud del grado en que las nuevas generaciones acepten o rechacen lo recibido (la «herencia», a la que después tanto recurrirían los autores posteriores a las revueltas de 1968 –véase, por ejemplo, Mendel, [1970] 1972) se asistiría a «épocas acumulativas» o a «épocas eliminadoras y polémicas» en el devenir histórico de las sociedades.

1967: 87—), la clave está en que los hombres que comparten generación han de afrontar, independientemente de las respuestas individuales que den, un mismo *mundo* social, preexistente, ante el que todos los componentes de una generación deberán reaccionar de algún modo: «De ahí que no pueda inferirse que los hombres sometidos al mismo sistema de vigencias tengan que parecerse entre sí; solo en una cosa: que sus reacciones —que pueden ser distintas y aun opuestas— son reacciones a una misma realidad» (Marías, [1949] 1967: 97)¹⁵.

Sintetizando todas las cuestiones abordadas hasta el momento en este epígrafe, Laín (1945: 157) apunta cómo el joven

acepta algo que el medio *le impone* o le ofrece, rechaza o *depone* lo que no conviene a su vida y no se ve obligado a aceptar, *pone* en su vida y en el mundo circunstante el resultado de su vivaz presencia y de sus acciones creadoras y *se propone* planes de vida futura y ensueños utópicos o evasivos.

El pasado, siempre presente, no constriñe por completo a un individuo que, dotado de capacidad de acción, pudiera pretender introducir alguna variación en el momento actual, cambios de mayor o menor envergadura, basados siempre (como innovación, como reelaboración o como reacción) en elementos preexistentes, que aspiren a tener repercusiones futuras (más o menos utópicas —«ensueños»— o realizables —«proyectos»—) sobre el conjunto de la sociedad.

Volviendo a Wechsler y al ámbito alemán en que surge la visión mannheimiana, esta inevitable influencia del pasado establece un elemento común a todos los miembros de una cohorte, posibilitando su conversión en auténtica generación. Así, para este autor, la generación sería

la suma de aquellas promociones juveniles de una estirpe, de un pueblo o del mundo que, por el imperativo externo de la proximidad de su nacimiento y por la exigencia interna de las comunes impresiones, experiencias y hazañas de su infancia y de su adolescencia, crecieron con análogo temple de su vida, en actitud espiritual parecida y con un repertorio de problemas semejante; en los cuales fueron luego confirmadas, hasta el momento de su primera madurez y de su aparición en la Historia, tanto por el trato diario y por el mutuo aliento, como también, no raramente, por la resistencia que el mundo les opone (citado en Laín, 1945: 258-259).

La semejanza de experiencias que a todos los individuos de una misma edad impone la común situación histórica sirve para articular una definición de generación que introduce el conflicto (el conflicto de generaciones) como mecanismo motor de la historia. Ya vimos que, para Ortega, la tensión entre generaciones es también el elemento fundamental del cambio histórico, de donde extrae la conclusión de que la noción de generación es el concepto principal de la historia, por cuanto opera como gozne sobre el que esta ejecuta sus movimientos (véase Laín, 1945: 226)¹⁶.

Aceptando la generación como una variación del *carácter* o de las estrategias de enfrentarse los individuos a las condiciones objetivas de la sociedad, resta analizar las circunstancias en las que dicha *mutación* puede emerger. Los distintos autores, en este punto, tienden a coincidir en las posibilidades que, a tal fin de surgimiento de nuevas generaciones, presentan los momentos de efervescencia marcados por un acontecimiento histórico crucial (en el sentido de cruce, de disyuntiva sobre el devenir histórico posterior, de punto de inflexión, en suma). Ortega, por ejemplo, basaba su método de acotamiento de generaciones concretas en la

¹⁵ Y, a partir de ahí, ofrece su definición: «¿Qué es, pues, en suma, una generación? Depende del sistema total de vigencias que dan su estructura a la vida en cierta fecha de la historia. Ese sistema tiene cierta duración, y ejerce su influjo conformador sobre todos los hombres que ingresan en la vida histórica dentro de ese plazo. Se trata, por tanto, del mundo que cada hombre encuentra y al que se incorpora; de algo que excede, pues, de la vida individual, de algo que se impone a esta y la condiciona» (Marías, [1949] 1967: 105).

¹⁶ Esta concepción ya se encuentra, por lo demás, presente en la obra de Dromel (1862), para quien la pugna entre una generación ascendente y otra vigente (en vías de convertirse en descendente) es la que marca el paso del cambio histórico (véase Marías, [1949] 1967). En la misma línea, explotando la distinción orteguiana entre generación «de iniciación» y generación «de dominio», véase Jansen ([1975] 1977).

aparición de un gran cambio («tómese un gran ámbito histórico dentro del cual se ha producido un cambio en el vivir humano que sea radical, evidente, incuestionable» —[1933] 1983: 51—), que marcaría la fecha en la que se puede ubicar a una «generación decisiva» que habrá de servir de referencia para establecer el resto de generaciones que se suceden en una era concreta¹⁷. Laín, por su parte, se refiere a las «generaciones sobrevenidas», que surgen a partir de acontecimientos críticos que constituyen «centros de cristalización generacional» (1945: 290). Las crisis, a decir del pensador español, contribuyen a crear esta conciencia de ruptura generacional:

El sentimiento de crisis dice a cada uno: «lo que te dieron, no te sirve»; la conciencia histórica añade: «debes hacer lo que tu tiempo te exige»; la convivencia con los jóvenes coetáneos dará al «he de hacer» la figura del «hemos de hacer», trocará el «yo» en un «nosotros». He ahí, formada y operante, una generación histórica (Laín, 1945: 291).

Las crisis tendrían, además, un efecto multiplicador de los efectos del cambio generacional, marcando nítidamente el contraste entre los miembros de una generación constituida en torno a un acontecimiento de estas características y los miembros de las generaciones previas. Todavía podríamos mencionar a otro autor español que ha enfatizado también la importancia de los acontecimientos que suponen un cambio radical del mundo en el proceso de configuración de nuevas generaciones. Para Aranguren ([1965] 1970: 14-

15), un acontecimiento de estas características deja una impronta en los miembros de una generación, diferenciándolos de aquellos sujetos que no han vivido este tipo de experiencias:

El grupo de hombres nacidos simultáneamente a la vida histórica se ve «marcado» por aquel acontecimiento, y sometido, a lo largo de su vida, a la serie de influjos que constituyen su secuela, al nuevo rumbo y al nuevo mundo. La semejanza generacional es pues una semejanza de carácter estrictamente histórico; no es que los individuos de una misma generación se parezcan *a nativitate*; es que, como ha visto muy bien Pedro Laín, al convivir unas mismas experiencias históricas, «se van pareciendo»¹⁸.

TENSIONES INTERGENERACIONALES Y TENSIONES INTRA-GENERACIONALES: LA NECESIDAD DE INCORPORAR EL ENFOQUE DE CLASE SOCIAL

Pero todas estas visiones presentadas en el apartado anterior descansan, en última instancia, en una concepción relativamente homogeneizadora de la sociedad, a la que tiende a dividir en bloques monolíticos, una concepción que choca frontalmente con todos los postulados posmodernos a favor de la individualización y demás nociones relacionadas (Beck, [1986] 1998; Beck y Beck-Gernsheim, [2001] 2003). Una sociedad como la nuestra, que pontifica la libertad de elección (siquiera la libertad de elección de formas de consumo), encaja relativamente mal en los principios estandarizadores de

¹⁷ Lo cual le lleva a plantear la fecha de 1917 como punto de arranque de una de estas «generaciones decisivas». Aplicando la contabilidad que impone su método, obtendríamos el año 2007 (a las puertas de la crisis económica, por lo tanto) como fecha de aparición de una nueva generación. Alcanzaríamos prácticamente la misma fecha con los cálculos de Marías ([1949] 1967: cap. 6), quien parte de la fecha central de 1856, sumando luego periodos de quince años que definirían las sucesivas generaciones de la historia reciente de Europa (hasta llegar, pues, a 2006). Para una explicación, tan valiente como detallada, del método orteguiano de identificación de generaciones, puede verse la obra del propio Ortega (1923 y 1933) o las revisiones de Marías (1949) y Jansen ([1975] 1977).

¹⁸ Desde otras coordenadas espacio-temporales, Abrams (1982: 256), siguiendo a Heberle (1951), enfatiza el papel de los «great historical events and experiences» en la configuración de las distintas generaciones, del mismo modo que Putnam ([2000] 2002) destaca cómo este tipo de acontecimientos decisivos sirven para aumentar la cohesión interna, incrementando las diferencias (que devienen generacionales, al fin y al cabo) entre los individuos que se sitúan a un lado y otro de la experiencia de haberlos vivido en primera persona.

las definiciones *circa* Mannheim¹⁹. Una sociedad crecientemente desigualitaria tendrá dificultades para imprimir en los individuos (cada vez menos *sujetados* por unas instituciones en declive) una determinada «unidad de estilo vital», como planteaba Ortega, un común «temple vital». Y, sobre todo, resulta complicado sostener el contenido de la inicialmente vacua noción de «repertorio de problemas semejante» que vimos en Wechsler. Desde luego, todos los individuos han de pasar por una serie de *problemas*, pero resulta indudable que no todos ellos lo hacen con los mismos recursos y, por lo tanto, cualquier analogía entre sus experiencias amenaza con resultar fútil. Es desde esta constatación desde la que se eleva la crítica más feroz al enfoque generacional, al que se acusa de encubrir deliberadamente un conflicto mucho más profundo bajo la apariencia de una tensión meramente generacional, basada en la edad o en diferencias «de carácter» (de temperamento, de personalidad, de *espíritu*) entre jóvenes y mayores.

Este enfoque crítico, que tiene uno de sus *dicta* en la aseveración de Bourdieu («la juventud solo es una palabra», [1984] 2000: 142), halla un representante en España en la figura de Enrique Martín Criado, recurrentemente citado después para destacar la misma idea: no es la diferencia generacional, sino las diferencias de clase, lo que constituye el motor de la historia (Martín Criado, 1997, 1998, 1999 –véase, igualmente, Santos, 1999–). El elemento clave que marca las diferencias (y, con ello, las distancias) entre las distintas posiciones sociales, condicionando sobremanera (si no ya determinando) las posibilidades de actuación o el margen de maniobra de los individuos (Urraco, 2017a), no es la edad (o la generación),

sino la pertenencia a una u otra clase social. Y ese determinante sigue operando en nuestra sociedad, por más que dichos individuos (ya no *sujetos*) se presenten como supuestamente liberados de las ataduras (pero también de los referentes) de antaño, *sometidos*, pues, a un proceso de obligada «individualización». Según Martín Criado, la juventud no constituye un grupo social, habida cuenta de que esa etiqueta juvenil²⁰ subsume una multiplicidad de sujetos y situaciones que presentan como único elemento común el dato, absolutamente accidental y contingente, de la fecha de nacimiento: «¿En virtud de qué “formidable abuso del lenguaje” se puede pasar de una identidad de edad biológica a una identidad de conformación de “opiniones”, “actitudes”, situaciones: de sujetos?» (Martín Criado, 1998: 15).

La edad, como también enfatizase Bauman (2007), se constituye como una noción aproblemática (la «variable perfecta», que dice Martín Criado), que establece una división natural (inevitable, *incuestionable*) entre jóvenes y mayores, opacando por completo cualquier otro conflicto subyacente menos *natural*. Este enfoque del sociólogo español hunde sus raíces, obviamente, en la teoría marxista del conflicto, que ya denunciase el ejercicio (*campaña*) de suplantación de la lucha de clases por una lucha de generaciones. Como apunta Moskvichov (1979b: 19) desde la Sociología soviética:

Menguando o velando por todos los medios las contradicciones y los antagonismos de clase y destacando a primer plano la llamada lucha de las generaciones, [los distintos «teóricos burgueses» que se revisan en su texto, entre los que se cuenta a Ortega, Dilthey o Mannheim] tratan de demostrar que la historia del desarrollo social es, ante todo, la historia de

¹⁹ No en vano median muchos años (en ocasiones más de un siglo) entre nuestros días y las fechas en que aparecieron estas ideas en torno a la cuestión generacional. Los cambios sociales (incluso: los cambios generacionales) han ejercido un influjo sobre la sociedad que *aconsejaría* una relectura, necesariamente actualizada, de estos enfoques.

²⁰ Nótese que hemos cambiado de «generación» a «juventud». Asumamos ambos términos como sinónimos, destacando cómo las tendencias de ciertos autores actuales los manejan con absoluta equivalencia, hablando tanto de una «juventud...» como, indistintamente, de una «generación...». Destaquemos, en todo caso, que este ejercicio de naturalización (o apropiación) del concepto «generación» haciéndolo equivaler a «juventud» no resulta en absoluto inocente.

la lucha de las generaciones, y no la historia de la lucha de clases²¹.

Desde luego, no puede resultarnos sorprendente el rechazo que muestran los teóricos conflictualistas a la idea de que las generaciones pudieran operar como principal fuerza motriz de la historia, jugando un papel que, desde esa perspectiva, solo estaría reservado a los antagonismos de clase, verdadero elemento propulsor del dinamismo histórico y del cambio social²².

A partir de todo lo anterior, nuestra perspectiva particular sin duda considera necesario enfatizar la importancia de las desigualdades de posición (de posición de clase, en este caso) y de sus efectos sobre los individuos en el contexto general de unas diferencias, en términos manheimianos, de *posición generacional*. Propugnamos la validez del enfoque de las generaciones, en lo que se refiere a presentar una generación juvenil (o una juventud) característicamente distinta a la generación previa (actualicemos la noción orteguiana de «sensibilidad vital», si se quiere), emergiendo como consecuencia de un proceso de adaptación (respuesta, reacción) a las inevitablemente cambiantes condiciones del presente (de cada momento presente). Pero reivindicamos la necesidad de introducir en este enfoque generacional, de manera decisiva, el componente de clase social, por cuanto parece indiscutible que los «acontecimientos cruciales» que aceleran el

ritmo histórico de surgimiento de generaciones (de variaciones de carácter, de variaciones de respuesta ante un pasado, en tanto tradición o repertorio de respuestas, que parece agotado) no son vividos (*vivenciados*) del mismo modo por todos los individuos que forman parte de una sociedad. El *grado de exposición* a una determinada experiencia dependerá, siempre, de la posición que ocupen los individuos en la (crecientemente) desigual estructura social, que será la que marque los recursos, las posibilidades y el margen de actuación de que dispondrán dichos individuos para responder a las diversas *crisis*, que pudieran actuar como epicentro de las cesuras generacionales.

Nuestra reflexión se aproxima, en este punto, a la planteada por Abrams (1982), que arranca de una definición relativamente estándar de generación (en este caso citando a Heberle, 1951)²³, pero que se acerca a Mannheim para afirmar que, dentro de cada sociedad, algunos grupos o categorías de personas están más *expuestas* a esas experiencias que resultan susceptibles de generar nuevas «sensibilidades», nuevas «identidades». De este modo, a partir de esa diversidad, existirían diferencias no solo entre unas generaciones y otras, sino, también, dentro de cada una de las distintas generaciones. Estas desigualdades en el interior de cada generación (que muchos otros teóricos han remitido a la división entre élites y masas)²⁴ resulta muy aguda-

²¹ El mismo autor, en el capítulo de conclusiones del libro que coordina, vuelve sobre esta misma idea, centrándose ya en la situación de la juventud: «La tentativa de suplantar la lucha de clases por la lucha de generaciones se halla en escandalosa contradicción con los hechos reales. No existe la juventud en general, como tampoco existe la generación mayor en general. La juventud de los países capitalistas pertenece a distintas clases con intereses diametralmente opuestos» (Moskvichov, 1979a: 243).

²² Véase, en ese sentido, la profunda crítica que Kulichenko (1979), a partir de la reflexión de Marx y Engels en torno al problema de las generaciones, dedica a Ortega, a quien considera el punto de origen de la «moderna teoría burguesa del "conflicto de las generaciones"» (1979: 57), merecedor por ello (por mor del predicamento posterior que ha tenido dicha teoría, que oculta el carácter de clase de la sociedad capitalista) de un puesto reservado en el «campo de los malvados enemigos del País de los Soviets» (Kulichenko, 1979: 71).

²³ «A social generation is thus a way of feeling and understanding of life, which is opposed to the former way or at least different from it. A generation is a phenomenon of collective mentality and morality. [The members] of a generation feel themselves linked by a community of standpoints, of beliefs and wishes (...) A social generation consists in this view of people of approximately the same historical age who have shared certain politically relevant experiences and created a new world of politics on the basis of those experiences» (Abrams, 1982: 258).

²⁴ En el enfoque orteguiano resulta clave el papel de las élites en el rumbo, en la dirección, que ha de tomar el cambio social en un momento histórico determinado (véase, por ejemplo, Ortega, 1923). Unas élites que, situadas a otra altura y pudiendo por ello tener otra visión del horizonte de la época, actuarían a modo de vanguardia, constituyéndose eventualmente en referente y guía que imitar (o no) por las masas, en la medida en que estas acepten a la élite como marco de referencia desde el que orientar su acción. Como lo expone Jansen ([1975] 1977:

mente recogida por Mannheim cuando establece la diferenciación entre «unidad generacional» y «conexión generacional», destacando el hecho de que todo «espíritu del tiempo» se asienta sobre una permanente tensión entre distintas corrientes que pugnan por darle su particular cariz a cada época. Atento también a esta misma dialéctica, Ortega ya planteaba, antes que Mannheim, que, dentro de una generación, pueden hallarse elementos antagónicos entre sí, pero que estos, por compartir un mismo «carácter típico», resultaban hijos de un mismo tiempo: «el reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros» (Ortega, [1923] 1961: 8). Esta formulación parece evocar la noción de «unidad generacional» de Mannheim ([1928] 1993), que alude a la existencia de grupos que utilizan de forma distinta los contenidos, comunes por sociales, del «fondo vital» (p. 218), del «bien cultural acumulado» (p. 211), de la tradición heredada, para *responder* de manera diversa a unas mismas condiciones históricas (que son las que los sitúan a todos por igual en el seno de una «conexión generacional»).

En general, por lo tanto, proponemos recuperar un papel preponderante para las diferencias de clase a fin de reforzar el enfoque generacional, llevándolo más allá de la plácida imagen de una fluida sucesión de generaciones, que parece contrastar con la realidad de *bloqueo transicional* que experimentan, hoy, tantos jóvenes españoles (Benedicto, 2017; Urraco, 2017b). El objetivo, pues, ha de ser, en primer lugar, problematizar la noción de «generación», ejercicio que conducirá, seguramente, a una pluralización de situaciones, esto es, a hablar de juventudes, a aumentar el número de «generaciones» que podamos hallar operativas en un momento determinado. Es en este punto concreto donde encontramos la gran aportación

del enfoque manheimiano, en el reconocimiento, primero, de que tanto la «situación de clase» como la «situación generacional» limitan a los individuos a un determinado «terreno de juego dentro del acontecer posible» (Mannheim, [1928] 1993: 209), para, a continuación, formular la noción de «unidad generacional», como grupo que, en virtud de su diferente posición en la estructura de posibilidades de acción (digamos, de su desigual acceso al repertorio de recursos empleables en un momento histórico concreto para responder a una sobrevenida situación económica y social), desarrolla vivencias diferentes dentro de una misma «conexión generacional». Si esta última cabría ser identificada con la noción general de *Generación* (con mayúscula inicial), aquella podría equivaler a una realidad más modesta, a las diversas *generaciones* (con minúscula y en plural), a las distintas «juventudes» que cabe identificar operando dentro del conglomerado tan peligrosamente homogeneizado bajo el rubro de *Juventud*.

PESE A TODO, LA GENERACIÓN: REIVINDICACIÓN Y REHABILITACIÓN DE UNA NOCIÓN CLAVE

Desde luego, a tenor de lo anteriormente expuesto, defendemos la utilidad del enfoque generacional, siempre que en su manejo esté suficientemente acreditada la vigencia de las diferencias (esencialmente de clase, de origen, pero también podrían señalarse de otro tipo, como las étnicas o las basadas en el género) en el interior de cada una de las *generaciones* que se reconozcan en un momento histórico determinado. Se puede hablar, por lo tanto, de varias generaciones (en el sentido antes expuesto de «unidades generacionales» de Mannheim) alrededor de la crisis. Benedicto y su equipo señalan la conveniencia de *trascender* la

54): «La élite divisa la *terra incognita* y esto le permite guiar a la masa. La élite proporciona a la masa un marco dentro del cual puede interpretar y hacer frente a sus circunstancias». La élite desplegaría una atracción que conduciría a las masas a imitarla, sin que medie coerción o relación de poder entre unas y otras: «La élite comunica las ideas, símbolos, etc., que representan las típicas experiencias de la masa y actúa para ella como un marco de referencia para su interpretación de la realidad, y la masa responde aceptando o rechazando las innovaciones de la élite» (Jansen, [1975] 1977: 64).

visión negativa o pesimista generada en torno a (o a partir de) la crisis (del mismo modo que Gorz – [1997] 1998– reclama superar cualquier nostalgia por el fin de la sociedad del trabajo), para poder ver las posibilidades que el nuevo escenario brinda a los jóvenes²⁵. La «generación de la crisis» descrita en el *IJE 2016* se muestra optimista con respecto al futuro (tanto a *el* futuro, colectivo, como a *su* futuro, el suyo individual), no faltando quienes han asimilado el discurso esperanzado de que la sociedad podrá aprovechar la oportunidad que le brinda la crisis para mejorar y *perfeccionarse* (progresar)²⁶. A partir de nuestro propio trabajo (Urraco, 2017a), sostenemos la idea de que cabe atisbar, de modo muy tentativo, una doble variación de carácter/sensibilidad entre los jóvenes. De una parte estarían los jóvenes que ya han naturalizado las nuevas condiciones establecidas tras el *asentamiento* de la crisis²⁷. Esos serían, esencialmente, los jóvenes de la «generación de la crisis» descritos en el *IJE 2016*. Pero de otra están los jóvenes que vivieron, «en un momento crucial de sus biografías», el estallido de los acuerdos y principios que eran válidos en el pasado. Son relativamente pocos en términos numéricos (el número puede resultar decisivo para forzar un cambio generacional, como ya apuntaba, hace tantos años, Dromel –1862–), pero están atrapados y sometidos a niveles altos de frustración (nuevamente: depende de su posición de origen y del recorrido que hayan podido desarrollar para esquivar o enfrentar las consecuencias de la crisis). A las nuevas generaciones se les puede socializar en el nuevo dogma de la flexibilidad y la autorresponsabilización, llevándolas a desarrollar un determinado «carácter» (entrecomillado por la ironía del contraste con la noción sennettiana), una determinada «sensibilidad vital» a través de la

inoculación del discurso de las competencias y de sus correlatos de empleabilidad, empresarialización de sí y «sálvese quien pueda» políticamente instituido. Por el contrario, la generación que accedió a la esfera pública precisamente durante la crisis resulta *incómoda*, por haber estado expuesta durante demasiado tiempo (incluso a través de la sanción de un pacto intergeneracional tácito de integración social) a las promesas de un futuro mejor, promesas que ya parece que no se van a cumplir... salvo para una minoría (clase social, otra vez) que se quiere constituir como espejo en el que se pretende que se miren todos estos jóvenes que, como se recoge en este relato de un informante, se sienten reclusos en un sótano (o en un saco, como en la expresión que da título a la tesis doctoral de la que se extrae esta cita), sin ver claramente la salida (Urraco, 2017a: 485).

Entonces hay una serie de gente atrapada en ese trayecto, en ese tiempo, en esos... años, que está atrapada. Entonces, al final, ¿qué? ¿Qué... por dónde sale esta gente? Que hay gente que está dentro de... de... de las dos puertas, de las dos paredes (...). Pienso que hay una gente ahí, atrapada en medio, que es la generación perdida, que al final... no se le puede dar salida, porque no hay donde dar salida, y la vida sigue (...). Hay un muro de gente ahí que el mercado laboral no fue capaz de asumir, de recogerlo, y ahora ya le sobra gente, porque son todos los que están ahí, en una bolsa, más después todos los que salen nuevos, que el mundo no... que la vida no se ha parado esperando como el *pause* de un vídeo a que la cosa vaya mejor. No. Pienso yo eso: la generación perdida.

Volviendo al enfoque de Ortega, diríamos que dependiendo de qué *élite*, en tanto imagen, adopte

²⁵ «... conviene señalar cómo en ocasiones el excesivo énfasis sobre los riesgos a los que se enfrentan los jóvenes en sus procesos de transición hace olvidar que también se mueven en contextos de oportunidades desconocidos por los jóvenes de otras épocas anteriores» (Benedicto, 2017: 18). En línea similar, véase el análisis de Gentile (2015) a partir del relato sobre la crisis de jóvenes de distintos perfiles.

²⁶ Así, la media de optimismo con respecto al futuro se sitúa en 6,7 sobre 10, siendo un 43% de los jóvenes muy optimistas con respecto a su propio futuro (8, 9 o 10 sobre 10) y solo un 3% muy pesimistas (0, 1 o 2). Asimismo, un 28,3% de los jóvenes están muy de acuerdo con la afirmación de que «la crisis servirá para que la sociedad aprenda y progrese».

²⁷ ¿Como si la crisis fuera un huracán, las cosas estarían volviendo a posarse en «su sitio», pero dicho sitio ya no está en el mismo lugar que antes.

como punto de referencia y guía de acción esta generación, que es la que cabría denominar propiamente «de la crisis», puede acabar constituyendo una amenaza (como vanguardia, incluso, del precariado de Standing, [2011] 2013) o, simplemente, puede pasar su *acmé* y agostarse, adaptándose en la medida de lo posible a las nuevas circunstancias, a sus nuevas *circunstancias*. No en vano apuntaba Laín, siguiendo a Petersen (1930, 1939), que una generación puede morir sin haber conseguido llevar a la práctica los proyectos de transformación y las inquietudes que alimentaron su surgimiento:

Quando el grupo generacional (...) no afecta sino a una escasa parcela del mundo humano de que brota, entonces está irremisiblemente condenado a cumplir todo su curso (...) vencido y soterrado por la situación histórica contra la cual se alzó. Sus hombres habrán cumplido su obra, mas no sin recalcar, al término de su derrota, en la amargura, en el resentimiento o en el ensueño (Laín, 1945: 311).

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMS, P. (1982): «The Historical Sociology of Individuals: Identity and the Problem of Generations», en *Historical Sociology*, de P. Abrams. West Compton House, Near Shepton Mallet, Somerset, Open Books, pp. 227-266.
- AFANASIEVA, A. (1979): «Proceso histórico y cambio de generaciones», en L. Moskvichov (comp.): *La sociedad y la sucesión de las generaciones*, Moscú, Editorial Progreso, pp. 29-39.
- ARANGUREN, J. L. (1970 [1965]): *La juventud europea y otros ensayos* (3.ª ed.), Barcelona, Seix Barral.
- BARICCO, A. (2008 [2006]): *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación*, Barcelona, Anagrama.
- BAUMAN, Z. (2007): «Entre nosotros, las generaciones», en J. Larrosa (ed.): *Entre nosotros: sobre la convivencia entre generaciones*, Barcelona, Obra Social Caixa Catalunya, pp. 101-127.
- BECK, U. (1998 [1986]): *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. y E. BECK-GERNESHEIM (2003 [2001]): *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- BENEDICTO, J. (dir.) (2017): *Informe Juventud en España 2016*, Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- BOURDIEU, P. (2000 [1984]): «La “juventud” sólo es una palabra», en P. Bourdieu: *Cuestiones de sociología*, Tres Cantos, Istmo, pp. 142-153.
- DÍAZ, A. (1989): «La caza del replicante», *Alfoz*, 62-63, pp. 9-12.
- DILTHEY, W. (1875): «Über das Studium der Geschichte der Wissenschaften vom Menschen, des Gesellschaft und dem Staat», *Gesammelte Schriften*, 5, pp. 31-73.
- DROMEL, J. (1862): *La loi des révolutions, les générations, les nationalités, les dynasties, les religions*, París, Didier et Cie.
- FERRARI, G. (1874): *Teoria dei periodi politici*, Milán/Nápoles, Ulrico Hoepli.
- GENTILE, A. (2015): «Jóvenes titulados superiores en la encrucijada de la crisis», *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, 16, pp. 35-58.
- GORZ, A. (1998 [1997]): *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós.
- HEBERLE, R. (1951): *Social movements: an introduction to political Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts.
- JANSEN, N. (1977 [1975]): *La teoría de las generaciones y el cambio social*, Madrid, Espasa-Calpe.
- KULICHENKO, L. (1979): «“Círculo cuadrado” o “método de generación” de la visión histórica de José Ortega y Gasset», en L. Moskvichov (comp.): *La sociedad y la sucesión de las generaciones*, Moscú, Editorial Progreso, pp. 57-75.
- KUMMER, F. (1909): *Deutsche Literaturgeschichte des neunzehnten Jahrhunderts dargestellt nach Generationen*, Dresde, Carl Reissner.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1945): *Las generaciones en la historia*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- LECCARDI, C. y C. FEIXA (2011): «El concepto de generación en las teorías sobre la juventud», *Última Década*, 34, pp. 11-32.

- MANNHEIM, K. (1993 [1928]): «El problema de las generaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, pp. 193-242.
- MARÍAS, J. (1967 [1949]): *El método histórico de las generaciones* (4.ª ed.). Madrid, Revista de Occidente.
- (1989): «Constelaciones y generaciones», en J. Marías: *Generaciones y constelaciones*, Madrid, Alianza, pp. 211-217.
- MARTÍN CRIADO, E. (1997): «Los empleos y los paros de los jóvenes», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 11, pp. 173-201.
- (1998): *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*, Tres Cantos, Istmo.
- (1999): «El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución», en L. Cachón (ed.): *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo*, Valencia, 7 i mig, pp. 15-47.
- MENDEL, G. (1972 [1970]): *La crisis de generaciones*, Barcelona, Península.
- MENTRÉ, F. (1920): *Les générations sociales*, París, Bossard.
- MOSKVIHOV, L. (1979a): «Conclusión», en L. Moskvichov (comp.): *La sociedad y la sucesión de las generaciones*, Moscú, Editorial Progreso, pp. 242-247.
- (1979b): «El problema de la sucesión de las generaciones y la lucha ideológica contemporánea», en L. Moskvichov (comp.): *La sociedad y la sucesión de las generaciones*, Moscú, Editorial Progreso pp. 9-28.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1961 [1923]): «La idea de las generaciones», en J. Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo* (14.ª ed.), Madrid, Revista de Occidente, pp. 3-11.
- (1983 [1933]): «En torno a Galileo», en J. Ortega y Gasset: *Obras completas* (vol. 5), Madrid, Alianza/Revista de Occidente, pp. 11-164.
- PETERSEN, J. (1930): «Die literarischen generationen», en E. Ermatinger (ed.): *Philosophie der Literaturwissenschaft*, Berlín, Junker und Dünnhaupt, pp. 130-187.
- (1939): *Die Wissenschaft von der Dichtung* (vol. 1), Berlín, Junker und Dünnhaupt.
- PINDER, W. (1926): *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*, Berlín, Frankfurter Verlags-Anstalt.
- PUTNAM, R. (2002 [2000]): *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- SANTOS, A. (1999): «Identidades formateadas: normalización del empleo inestable y participación juvenil», *Revista de Estudios de Juventud*, 45, pp. 43-50.
- STANDING, G. (2013 [2011]): *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente.
- TEZANOS, J. F. (2001): *El trabajo perdido: ¿hacia una civilización postlaboral?*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- URRACO SOLANILLA, M. (2017a): «“Un saco de niños zaleados”: precariedad laboral y precariedad vital de la “generación de la crisis” en Extremadura», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- (2017b): «La vivienda como penúltima estación: emancipaciones juveniles bajo el signo de la crisis», *Revista de Estudios de Juventud*, 116, pp. 111-123.
- WECHSSLER, E. (1923): «Die Auseinandersetzung des deutschen Geistes mit der französischen Aufklärung (1732-1832)», *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 1, p. 615.
- (1927): «Die Generation als Jugendgemeinschaft», en VV. AA.: *Geist und Gesellschaft, Kurt Breysig zu seinem sechzigsten Geburtstag* (vol. 1), Breslau, M. & H. Marcus, pp. 66-102.
- (1929): «Das Problem der Generationen in der Geistesgeschichte», *Davoser Revue*, 4, p. 8.
- WOODMAN, D. y J. WYN (2015): *Youth and Generation: Rethinking Change and Inequality in the Lives of Young People*, Londres, Sage.